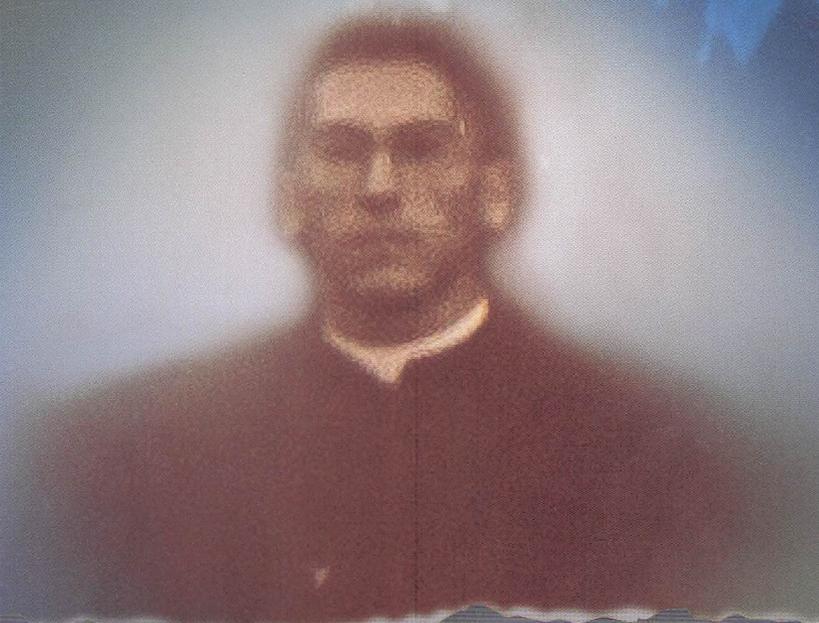




CONGREGACIÓN SALESIANA

Inspectoría Santa Rosa de Lima - Perú



Padre José Miguel Miranda Miranda SDB

Moquegua 1913 - Lima 1986

PADRE JOSÉ MIGUEL MIRANDA MIRANDA

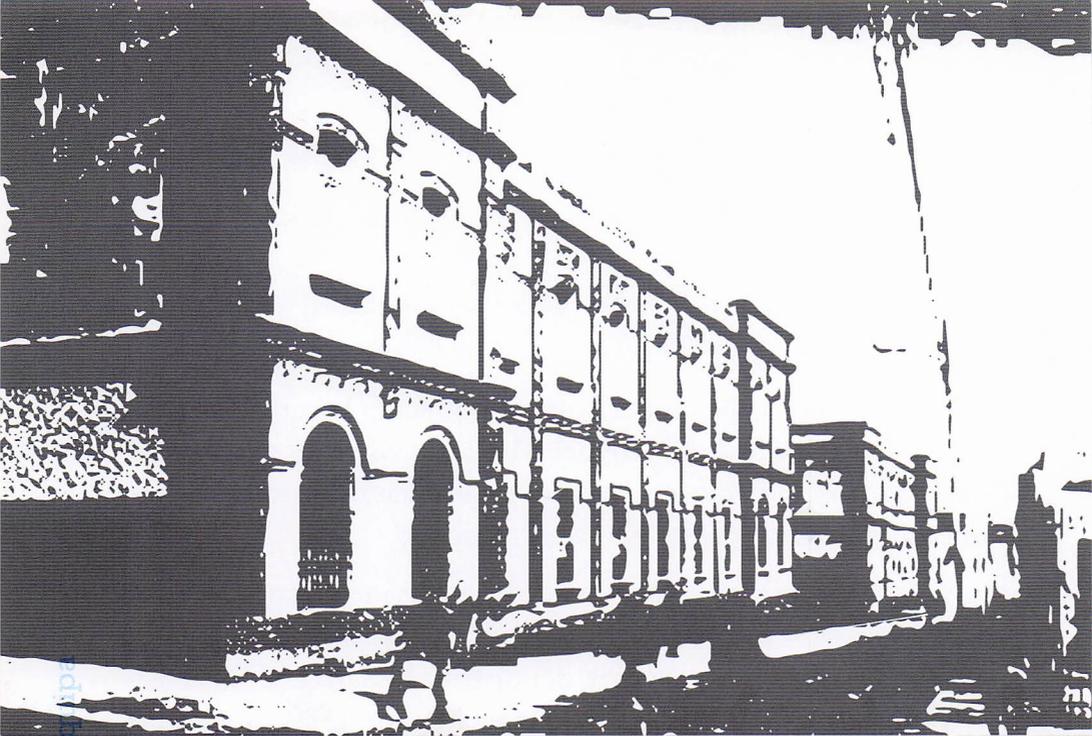
Por muchos años esperé que se publicara la carta mortuoria del padre José Miguel Miranda Miranda, digno hijo de Don Bosco; como no se hizo, en el bicentenario del nacimiento del Santo, me animo a escribirla yo.

El padre José Miguel Miranda Miranda vino al mundo en el hogar cristiano de Santiago y Ventura, el 9 de julio de 1913, en el pueblo de Yalagua, al norte del distrito de Urbina, provincia General Sánchez Cerro, en el departamento de Moquegua, a 3533 metros sobre el nivel del mar.

El 1 de abril de 1928 ingresó al Colegio Salesiano de Arequipa, como aspirante al sacerdocio. El 9 de enero de 1934 entró al noviciado de Magdalena de Mar. Ahí, el 19 de enero de 1935, se consagró religioso salesiano, para luego continuar sus estudios en el posnoviciado de dicha casa, por tres años.

Realizó el tirocinio en el Colegio Salesiano de Piura y el 31 de enero de 1941 se consagró al Señor para siempre con los votos perpetuos. Luego realizó sus estudios teológicos en Santiago de Chile, por cuatro años, entre 1941 y 1944. Con sentimientos de profunda gratitud y alegría fue consagrado sacerdote para siempre el 26 de noviembre de 1944.

En 1945, es nombrado catequista y profesor de la Casa de Formación de Magdalena del Mar. Allí desplegó su celo pastoral con total entrega y sacrificio.



SALESIANO QUE ENSEÑA

El padre Pablo Corante, exalumno suyo, lo recuerda así:



Lo conocí al entrar al aspirantado de Magdalena del Mar, en 1945. Era «el» catequista; había sucedido al padre Wilk. En la casa, el Consejero era el padre Pysz; el Director, el padre Serra, mientras que los confesores eran el padre Tirelli, quién también era Maestro de Novicios, y el padre Ponte, director del Oratorio. Los asistentes eran el Sr. Lucio Mendoza, el Sr. Julio González, el Sr. Genaro Prata, quien creo sucedía al Sr. Bertani. El Párroco de aquel entonces era el padre Luis Fassio.

En la Casa de Formación había unos 20 clérigos y 5 novicios que eran asistidos por el padre Horacio Loi. Los aspirantes éramos 53.

El padre Miranda era un salesiano joven de Moquegua,

recién ordenado en La Cisterna. Era sencillo, entusiasta, organizador y creativo en su trabajo como animador de la liturgia, la limpieza y el orden en el dormitorio y la capilla. Animaba la liturgia, las oraciones, los grupos formativos – las Compañías –; cuidadoso profesor de castellano.

Tenía muy bien el clero de aspirantes, con sotanas negras y sobrepellices, cuidadas para las ceremonias en el templo. Contaba con manuales y ensayos para cada rol. El tiempo fuerte para su labor llegaba en Semana Santa, los domingos y en las novenas, que se celebraban en el templo. El mes de mayo se celebraba en casa todo el mes, con sermoncito y velada vespertina a cargo, cada día, de un clérigo, en el pórtico cocina, delante del cuadro de María Auxiliadora.

Para las clases de castellano, preparaba separatas de algunos temas. Era cuidadoso en lo que leíamos. Para la catequesis dominical, fue precursor de las filminas de celuloide.

El domingo por la tarde teníamos un salón convertido en sala de proyector. El «proyecto multimedia» usado era una caja de cartón de conservas que hacía de cámara oscura para la proyección de imágenes opacas que el padre recortaba de las biografías de santos. Las enrollaba en un carrete y las pasaba sucesivamente valiéndose de la técnica de proyección de imágenes opacas.

Era muy amigable, a los gorditos los llamaba «cuchufletas».

El padre Miranda sobrevivió al accidente de Barranca en 1935. Creo que, antes de regresar a la Casa de Formación, de las vacaciones en el mar, dos salesianos, el padre Córdova y el clérigo Milharcic, entregaron la vida en el esfuerzo por arrebatarse al mar algunos jóve-

nes aspirantes que el mar, en resaca, se estaba llevando. Así le oí contar al padre Fanello, siendo otro testigo el padre Zanetti.

Nos enseñó a leer en público, a declamar prosa y verso y a componer, en diversas métricas, de acuerdo al programa oficial del segundo año de secundaria. También nos enseñaba cuidadosamente a hacer análisis literarios y lexicográficos de texto. A dos aspirantes les enseñó los inicios de armonía y composición musical. Daba de sí lo mejor, con generosidad y competencia.

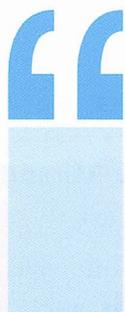
Con ese mismo entusiasmo y creatividad pasó a ser el Director del pujante Oratorio festivo de Magdalena del Mar, al lado de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús. Con los recursos con que pudo contar, construyó un amplio local para la catequesis y otros servicios en el Oratorio. Se valió del material obtenido al desatar la antigua capilla del aspirantado; adobes, puertas, ventanas y techos de madera.

En el Oratorio favoreció una segunda misa para los que no podían venir a la primera. En esos tiempos había en el Oratorio desayuno y merienda los domingos, así como misa por la mañana y catecismo por la tarde. La asistencia continua se premiaba al final del año. Todo lo cual siguió y se desarrolló aún más con el padre Giudice, el padre Edwards y el padre Vaccarello.

Supe que su dinamismo y corazón oratorio lo llevó también a la Colonia vacacional en Camaná, cuando la obediencia lo llevó a Arequipa.

ALEGRÍA EN EL ORATORIO

El Sr. Uriel Santisteban, exoratoriano, nos brinda este testimonio



Entre mis 8 y 11 años viví la experiencia más hermosa de mi infancia; la de ser oratoriano salesiano. Encabezando esa experiencia tuve la suerte de ser catequizado por el padre Miranda y ser discípulo de las enseñanzas de los salesianos.

Recuerdo lo feliz que me sentí cuando me autorizó tocar la campana de la torre del templo parroquial de Magdalena. Cómo olvidar cuando me enseñó a ayudar en la Santa Misa en latín y, por las tardes en otras ceremonias. También recuerdo la bendición, seguida del chancay y plátano que nos estimulaba. Fueron inolvidables los partidos de «fulbito» luego de las misas matutinas. También aquella mañana en que nos seleccionó para formar un coro infantil, con su dirección y acompañamiento al armonio.

Aún recuerdo cómo en las misas de Gallo de Navidad nos vestíamos con túnicas rojas y sobrepellices blancos y el padre Miranda con una venia desde el armonio me hacía una señal con la cabeza para dar un paso adelante y cantar los solos del coro.

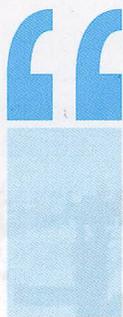
Asociadas a estas misas, fueron inolvidables las chocolatadas que nos convidaba después de la misa de Navidad. Así también, fueron entrañables los ejercicios espirituales que organizaba con el grupo oratoriano que duraban todo el día. Tras los mismos salía fortalecido en mi fe, casi convertido en un seguidor de Domingo Savio.

En la vida y, sobre todo, en la infancia, uno debe rodearse de hombres que hagan honor a su nombre de «preceptores». Yo tuve esa suerte con el padre Miranda.

En 1960 fue enviado al Seminario menor de Cochabamba (Bolivia) como catequista y profesor. En 1962 llegó al Colegio y Oratorio festivo Don Bosco de Arequipa, donde se desempeñó como catequista y profesor. Allí desplegó su celo apostólico hasta el día de su muerte.

UN VERDADERO HERMANO

El padre Marco González, que trabajó con el padre Miranda en la comunidad salesiana de Arequipa, lo recuerda así:



El padre Miranda era un hombre sencillo que vivía la pobreza, la piedad y el servicio a los demás, especialmente a los pobres. Yo trabajé con él en Arequipa, allá por los años sesenta. Era de apariencia tranquila, pero era muy empeñoso. No era un hombre que creara problemas, sino que ayudaba a resolverlos. Como encargado de los oratorios festivos, supo rodearse de un grupo de catequistas que eran su «longa manus» y con ellos atendía ese grupo de niños desposeídos.

No contaba con apoyo económico del Colegio ni de la comunidad, pero se las arreglaba con la ayuda de Dios y de algunos amigos. Su piedad y su vivencia en la comunidad eran un estímulo y un desafío para los que lo acompañábamos. Nunca oí de sus labios una queja ni una murmuración en las situaciones difíciles; era ameno y alegre, en los amargos sorbos de aquellos tiempos.

A pesar de las mil dificultades, él fue el fundador de la Colonia marina de Camaná. Sin agua, sin ayuda y sin dinero, fue llevando adelante y haciendo crecer la obra que hoy tiene relevancia. Los salesianos de aquel tiempo fueron sembrando, con sencillez y con sacrificio, el futuro del que hoy disfrutamos.

El padre Miranda no era la luz refulgente que brillara con esplendor, pero sí era el hermano y el padre con el que podíamos compartir tantas cosas que nos iban formando en el carisma salesiano. Hoy sólo nos queda pedir que desde el cielo nos dé la calidad humana y sacerdotal que él vivió como auténtico hijo de Don Bosco.

Gravemente enfermo, vino a Lima y fue internado en la clínica Tezza. Lo visité con frecuencia y siempre lo encontré acompañado por sus catequistas arequipeños. Nunca lo dejaron solo -entre Arequipa y Lima existe una distancia de 18 horas de viaje por carretera-, lo amaban. Él los amó primero hasta el sacrificio; ellos y ellas aprendieron la lección de amor.

El 22 de agosto de 1986, fiesta de María Reina, la Virgen se lo llevó a la casa del Padre con inefable ternura de Madre. Sus restos mortales fueron velados en la Casa Inspectorial y, luego de la Eucaristía concelebrada en la Basílica de María Auxiliadora, fueron llevados a la ciudad de Arequipa, donde descansan en el cuartel salesiano del cementerio de la Apacheta.

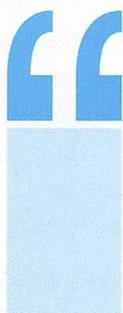
Hablar de la figura del padre José Miguel Miranda no es fácil; precisamente por su extraordinaria humildad. Como religioso puntual y exacto en todo cumplimiento, era como don Rúa, es decir, asceta, duro consigo mismo pero suave con los demás y cumplidor a perfección. Nunca una palabra de queja, nunca una palabra de crítica, jamás una ironía. Nunca nada que pudiera desvirtuar su calidad de religioso, de hermano, de hombre fiel y salesiano lleno de fe; feliz en la esperanza y constante en el amor.

Este podría ser a grandes rasgos, el perfil del querido padre Miranda, del religioso salesiano al estilo de Don Bosco. Era el religioso al pleno estilo de Don Bosco, con corazón oratoriano,

animado por el «Da mihi animas, caetera tolle» del santo fundador.

ASISTIENDO EN EL ORATORIO

La señora Marcia Nieto Ortega narra así su experiencia:



El padre José Miguel Miranda fue un sacerdote muy bueno, comprensivo y amigable. Recuerdo que cuando tenía 10 años llegué al oratorio del Colegio Salesiano. Desde un principio, el padre Miranda no quería que me quede ahí sola, al contrario, debía estar con todas las chicas. Él nos decía que fuéramos a María Auxiliadora, dado que ahí era para niñas, pero nosotras no le hacíamos caso y, al final, nos ganamos su confianza y amistad. Recuerdo también que en la cancha de pasto había columpios y nos elevábamos paradas muy alto; él salía por la ventana y con un silbato nos bajaba rápidamente. Luego nos mandaba a comprar bizcochos y caramelos para dar a los chicos después de la catequesis, al igual que después de la misa del domingo.

Cuando era el Día de la Gratitude nos preparaba para cantar al ritmo de "Viva papá Don Bosco"; esa es la canción que más recuerdo, también cantábamos el Himno al oratorio, acompañados de las notas de un órgano muy antiguo. En aquel entonces el padre Juan Godayol era el director.

Los domingos, el Oratorio estaba lleno de jóvenes y niños, y luego de la misa de las nueve íbamos al teatro del segundo piso. Ahí nos pasaba unas películas de cine. Había películas de Domingo Savio, que el padre Miranda conseguía del cine Fenix. Él mismo se ponía al final del teatro y observaba la conducta de todos, siempre estaba alerta en su labor de asistente. Él siempre estaba pendiente de todo. En la noche daba sus paseos,

caminaba con su pasamontañas, su chullito y un lamparín.

La parte más triste que recuerdo fue cuando empezó su enfermedad. Vi cómo se aguantaba los dolores; él sufría mucho con sus dolores pero siempre trataba de sonreír a pesar de todo. Después se fue a Lima y ya no lo vi más. Falleció el 22 de agosto y yo me enteré el 30 de agosto. Me dolió tanto la noticia que mi parto se adelantó, por esto mi hijo se llama José Miguel. El padre Miranda, fue una gran persona y un gran ejemplo. Aunque partió hace 29 años, él siempre está ahí en el Oratorio de Camaná y en cada rincón del Colegio Salesiano de Arequipa.

EL RECUERDO QUE PERVIVE

El padre José Valdivia lo recuerda así:



Conocí al padre Miranda el año de 1978, él era el encargado del Oratorio y Centro juvenil. Yo asistía al Oratorio. Los sábados por la tarde, como en todo Oratorio, teníamos la catequesis y al finalizar la merienda nos entregaba los boscos que servían para juntarlos y, en verano, participar en la climática en Camaná.

Los domingos teníamos la misa y luego nos daba un vaso de avena o pan con plátano. En las fiestas, una bolsita de dulces pasados, pero igual los comíamos muy a gusto. Después subíamos al teatro para ver filminas sobre Don Bosco, Domingo Savio o algún otro santo. Recuerdo que como eran filminas antiguas a veces se rompían y teníamos que esperar que las pegase con cinta adhesiva.

Para las vacaciones, el padre Miranda se iba a fines de diciembre a Camaná con un grupo de catequistas llevando, en un camión grande, todo lo necesario para

instalar la climática; todo en Camaná era de esteras y no había nada allí, por lo tanto había que llevar y traer todo cada año.

Yo entré al Colegio Salesiano, en 1979, a quinto de primaria. El padre Miranda me dio clases de religión en sexto grado y en primero de secundaria. Como tenía la voz bajita y no se le escuchaba, menos aún cuando estaba resfriado, siempre llevaba un parlante y un micrófono; así podía hablar por el micrófono y ser escuchado por todos. Tenía también un silbato colgado en el cuello y lo tocaba para hacernos callar porque cuando gritaba para poner orden nadie lo escuchaba por su voz baja. Siempre terminaba su hora de clase hablándonos de Don Bosco y contándonos uno de sus sueños. A los que respondían bien sus preguntas cuando preguntaba lo que habíamos entendido nos regalaba una estampita de Don Bosco o Domingo Savio.



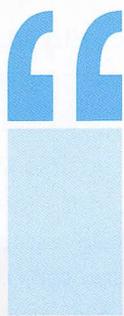
Tengo que destacar que siempre estaba en el patio en los recreos. Iba a la cancha de pasto con su sombrero de tela y su pelota en una bolsa de plástico y llamaba a los que querían jugar y nos hacía jugar matagente. Eramos como 20 ó 30 corriendo de un lado a otro para que no nos caiga la pelota y nos mate. El padre Miranda siempre andaba con su silbato para tocarlo si había algo.

Cuando terminaba el recreo, era el último en irse de la cancha; se quedaba apurando a los que demoraban para ir a formar al patio donde estaba el padre Justo Concha, que era el director de estudios. El padre Miranda fue el fundador, si no me equivoco, del Club deportivo Domingo Savio que funcionó por años en el Colegio. En él veía que participaban ya jóvenes mayores de edad jugando fútbol. A ellos el padre les daba su catequesis.

Después de 1985 o 1986 se fue a Lima por que se puso mal; yo terminé el colegio en 1985. Después ya lo llevaron a Arequipa donde lo enterraron. Yo no estuve en su velorio ni entierro pero una cosa me caló de la gente, es que siempre que he ido al cementerio en Arequipa a visitar a mi papá y he pasado por donde están los salesianos a visitarlos, he encontrado flores frescas en la tumba del padre Miranda. Es el único salesiano que todo el año tiene flores frescas a pesar de los 29 años de fallecido que tiene.

RECUERDOS DE FAMILIA

La familia Zavala Delgado, de Arequipa, tuvo el privilegio de conocer a nuestro querido y recordado padre Miranda.



Fue una persona tierna, sencilla, humilde, alegre y serena. Verlo sonreír era una fiesta, pocas veces pegaba una carcajada, tenía mucha profundidad; fue un alma de Dios. Lo extraño fue encontrar, en nuestro caso, que lo que íbamos aprendiendo en el Oratorio no tenía mucha diferencia con lo que se aprendía, en nuestro hogar, con nuestros padres. Ellos nos mostraban el camino del bien con la propia vida de la misma forma que el padre Miranda.

Las experiencias que nos tocó vivir, en tantos años compartidos, fueron numerosas y extremas. En primer lugar, en el Oratorio, cuando empezó a ser mixto, asistíamos cuatro hermanas Flor, Pilar, Ana y Lourdes. Nos sentíamos muy bien, nos insertamos rápidamente en todas las actividades, aprendimos muchas cosas, a conocer a Jesús, a María Auxiliadora, a Don Bosco. Entendimos qué era la Familia Salesiana y en las actividades más importantes, por ejemplo, la visita del Padre Inspector, aprendimos a cantar «mantelito blanco» y otras canciones que él nos enseñaba con dedicación y paciencia sobre todo cuando alguien del grupo de oratorianos desentonaba.

Agradecía y valoraba mucho al padre José Doménech cuando iba a ensayar los cantos y a dar la charla de la tarde del Oratorio. Veíamos el ímpetu que le ponía y la atención que lograba. También observábamos cómo quería y respetaba a su Padre Director, el ahora monseñor Juan Godayol. También nos hablaba de su «comunidad» y lo que significaba, aunque no lo entendíamos en ese tiempo.

En segundo lugar, cuando se trataba de organizar todo para la climática Domingo Savio, se volvía una mamá por su cariño y delicadeza. Veía todos los detalles, prevenía los apoyos y se las arreglaba para aprovisionar los víveres, los cubiertos, las listas de participantes, etc. En medio de todos los preparativos y actividades de la climática, Pilar fue quien lo apoyó más. Le tenía confianza, hacía las compras conforme a sus instrucciones y siempre despachaba los víveres a Camaná para la climática. Lamentablemente un domingo 27 de enero de 1980, a los 20 años, Pilar prefirió ir personalmente a entregar las cuentas al padre Miranda y luego darse un chapuzón en el mar, al día siguiente iniciaría su primer trabajo en una tornería. Nunca más volvió, ya que se ahogó en el mar junto a otro oratoriano; allí estaban también Ana y Lourdes, la noticia fue devastadora e increíble también para el padre Miranda, agravándose la situación porque el cuerpo no apareció hasta el siguiente domingo.

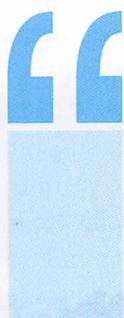
Cuando llegamos toda la familia a la climática buscando a Pilar, nos recibió el padre Miranda; su tristeza y sufrimiento eran muy grandes, compartíamos su pérdida; esta experiencia lo marcó para el resto de su vida; igualmente en la familia los papás no se recuperaban. Él nos dio un ejemplo de fe y confianza en el Señor asegurándonos que también Pilar estaba en el paraíso y que siempre hiciéramos oración juntos.

En tercer lugar, podemos mencionar que, acercándose la Semana Santa empezaba con mucho cariño los preparativos para su largo viaje a Yalagua, en las alturas de Moquegua. Todo su esfuerzo para llevar pan y la Palabra del Señor a los paisanos quienes lo esperaban siempre; regresaba muy cansado pero contento. Varios años después, el padre Miranda se enfermó con un cáncer a los huesos, muy doloroso. Para el tratamiento debía ir

a Lima pero no había quien lo cuide, así que decidimos que podía ir Lourdes a atenderlo; a pesar que ella no conocía Lima, partió junto a él acompañándolo hasta sus últimos días.

QUIEN LO HA SEGUIDO DÍA A DÍA

El señor Italo Marroquín Ramos nos refiere lo siguiente:



Quando le conocí tenía 12 años; nunca me olvidaré cuando tenía que hablar con él y no le conocía; toqué la puerta y con una voz muy tierna me dijo a quién busca y le dije, -al padre Miranda-, un momento, me dijo, y se metió en la comunidad. Luego de unos minutos salió y me dijo, -a ver, vamos a mi oficina, le dije ¿y el padre Miranda?, y me dijo, soy yo.

A partir de ese momento mi alma quedaría ligada al corazón de este hombre de Dios. A los días partimos rumbo a la playa, la famosa climática Domingo Savio. Fue algo sobrenatural, el ambiente, el clima, los amigos, las oraciones, las reflexiones.

Oh, nunca me olvidaré de las reglas de la climática, sobre todo la de ir al baño, el mismo padre hacía los gestos de cómo usar adecuadamente el silo, cómo me asombraba, qué humildad, y ahí en mis 12 años empecé a absorber como una esponja todo lo que veía y escuchaba. Ese año, al ver cómo este hombre sencillo llevaba tan grande obra, me transformó, y desde ese día juré en mi interior ayudarlo en todo lo que estuviera al alcance, aún a costa de mi propia vida.

A lo largo de los años me fue abriendo su corazón, y me acuerdo como que ahora me lo dijera, "Italo nunca permitas que el corazón de la climática cambie, es un lugar de retiro, por eso no puede haber relojes, ni teléfonos, ni televisores, la climática es un tiempo para encontrarse

con Dios a través de la naturaleza, dejando atrás por unos días el bullicio de la gran ciudad".

Y año tras año, tuve el privilegio de ver como la climática cambió la vida de miles y miles de jóvenes, niños y adultos, dejando una huella de la presencia de Dios, y del amor como hermanos entre nosotros.

Trabajo, claro que hubo trabajo, cuántos meses de preparación, construcción, alegría, compañerismo y todo con gran amor; pago, nunca hubo pago, ni tampoco lo queríamos, lo hacíamos por amor.

También me acuerdo claramente el segundo año que fui; tenía trece años, y al primer día de nuestra llegada a la playa mi mejor amigo, Jorge, conocido como «babalú» y nuestra líder Pilar Zavala murieron ahogados; ¡qué tragedia! en un segundo, de la más grande alegría de llegar a la playa se convirtió en la más grande tragedia; cómo lloraba el padre Miranda, se le veía todo el dolor que había en su corazón.

Oh, todo lo que le escuché hablar en su dolor mostraba todo su gran amor por nosotros.

También me viene a la mente aquel día cuando ya tendría unos 21 años y ya era el guía general de la climática, y se me acerca el padre Miranda y me dice, "Italo hazte cargo de todo, me voy a orar, porque no nos alcanza la comida, sobre todo no hay papa, y no sé qué haremos, recién es el primer mes y nos faltan dos meses". Bueno, me fui a hacer mis cosas, y luego del almuerzo me fui a supervisar la limpieza de la vajilla, platos y cubiertos; de pronto en la parte muy superior del cerro que da a la espalda de la climática, había un tráiler malogrado y un hombre gritaba, entonces dije, necesita ayuda; así que empecé a trepar el cerro; al acercarme, aquel hombre me preguntó, ¿es la climática Domingo Savio? sí, le dije, y ¿se encuentra el padre Miranda?, sí,

le dije, -avisale que me he quedado botado y no me voy a mover por un buen tiempo, y que en lugar que se malogre mi carga mejor se la voy a donar, sólo son dos toneladas de papas-. Yo no lo podía creer, y yo sabía que el padre Miranda estaba orando en su oficina. Bajé corriendo como loco y gritando – padre Miranda, padre Miranda, un milagro, un milagro. Salió el padre con su sencillez de siempre y me dijo, - Dios siempre escucha a sus hijos-. Que de no haber para comer, todo cambió: sopa de papa, segundo de papa, desayuno papa arrebozada, almuerzo papa, cena papa, todo era papa; qué días aquellos.

Y lo último, después de la pérdida de mis amigos Jorge y Pilar, empecé a prepararme en la piscina llegando a estar en la selección de waterpolo de mi club, y me hice la promesa que nunca más volvería a ver una tragedia, y se lo conté al padre Miranda y él siempre con sus palabras sabias me dijo, pero igual, siempre encomendémonos a la Divina Providencia. Unos años después cuando estaba la Corriente del Niño estábamos con el grupo de niñas, y de pronto una corriente se comenzó a jalar a una pareja de hermanos. Inmediatamente el padre Miranda empezó a tocar su pito y yo cogí la sogá con la cámara y me metí al mar que en ese momento estaba muy furioso, los señores, hombre y mujer, se iban metiendo más y más adentro; de pronto el hombre se suelta y se queda boca abajo flotando. Con los cursos de salvataje que había recibido con la policía atendía al señor pero su hermana seguía entrando más adentro con un salvavidas, y de pronto por los nervios introdujo sus uñas en la cámara y de igual modo quedó boca abajo; no lo dudé y sin nada ni sogá, ni salvavidas, me introduje, me encomendé a Dios, y después de casi media hora estaba en medio del océano sin saber a donde ir; de pronto mire la cruz del cerro que está detrás de la

climática y nade hacia ahí. Al salir, la señora estaba en shock, llegaron los salvavidas en la ambulancia y se los llevaron. Cuando terminó todo que fue cosa de segundos, el padre Miranda con lágrimas en los ojos me dijo, nunca más vuelvas a hacer eso, todos pensamos que te habías ahogado con la señora, por favor nunca más, porque no lo soportaría; ya tengo un gran peso en mi corazón, y por la gracia de Dios hasta ahora nunca ha habido ningún incidente lamentable.

Hasta sus últimos días él soñaba con sus niños, sus jóvenes y sus familias. Ítalo, me decía, hay que llevar las cartas para nuestros bienhechores para conseguir los aumentos; y desde muy temprano, agosto o setiembre, ya empezaba el trabajo.

Tuve la oportunidad de estar en sus últimos días. Él era como un padre para mí, ya que mi padre murió cuando yo tenía 16 años. Qué gran dolor ver partir a mi segundo padre.

Su ejemplo ha quedado tan grabado en mi corazón que hasta hoy en día con mis 51 años sigo llevando campamentos de niños, jóvenes y familias, como fue el sueño de Dios puesto en el corazón de este gran hombre.

Padre Miranda, estoy plenamente convencido que un día nos encontraremos en el cielo.

Y junto con Jesús y los santos recordaremos todos estos buenos momentos. Hasta pronto querido amigo, reverendo padre Miranda.

Querido padre Miranda, tu vida ha transcurrido en la sencillez y humildad, en el amor a Cristo y a los jóvenes, con fe robusta y esperanza firme. Ruega para que también nosotros, como Don Bosco, seamos fieles a nuestra vocación hasta el último aliento de nuestra vida.

sac. Alejandro Santisteban Vergara SDB



www.salesianos.pe

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sac. José Miguel Miranda Miranda
Nació en Moquegua el 9 de julio de 1913
Falleció en Lima el 22 de agosto de 1986
a los 73 años de edad, 51 de profesión religiosa
y 42 de sacerdocio.